

Revista de Marina. Hemos recibido el número 7, correspondiente al mes de enero y de él tomamos lo siguiente:

Movimiento del material. Blanco Encalada, comandante Montt. En el New-Castle on-Tyne. Los trabajos están adelantados. Las torres para el comandante han sido convertidas en jardines. El buque será alambrado con luz eléctrica, para lo cual llevará tres motores debajo de la cubierta de la batería. La Santa Bárbara quedará distinta de la antigua y encima de ella el pabellón de granadas. La provisión de pólvora se suministrará por medio de mangas desde Santa Bárbara hasta la cubierta del departamento del cabrestante. En el departamento de granadas habrá un tubo hasta la batería.

Cochrane, comandante Bannan. Este blindado fundó en Valparaíso el 5 del presente de regreso de su viaje a Coquimbo, formando parte de la escuadrilla de evoluciones. Inmediatamente se procedió al cambio de la chimenea y a tapar con tirantes los tubos estales inutilizados. Esta faena estará pronto terminada y el buque listo para hacerse a la mar.

Hudswar, comandante Castillo. Están al comenzar los trabajos de reparación de lo que se ha hecho mención en números anteriores de la Revista. El 23 entró al dique para arreglar válvulas o limpiar los fondos. En pocos días más se podrá hacer vapor en las calderas. La prueba oficial seguirá poco después.

Esmeralda, comandante Lopez. Continúa en las aguas del Callao. Sin novedad. Albatro, comandante Salamanca. Esta nave que enarbola la insignia de jefe de la escuadra de evoluciones, fundó en Valparaíso el 5 de diciembre. Pocos días después se procedió a efectuar con la maestranza del Thialha y de la buque, los trabajos que las alderas requieren, y que consiste en cambiar los estales del fondo inferior por otros resguardados con tuercas.

Este trabajo se ha verificado ya con las calderas de papa y en quince días más se habrá dado remate a la obra, dejando al buque en excelentes condiciones de servicio.

O'Higgins, comandante Fria. En dos o tres días más serán colocadas a bordo las alderas después de haber hecho una satisfactoria reparación de las cadenas en el alon de los fuegos. El buque no podrá verificar su prueba sino a mediados de febrero.

Chacabuco, comandante Schöfer. En el Callao, de estación. En el dique de escuadra se ha reparado las averías que en la hélice experimentara en su viaje a las islas de Los Osos.

Pilcomayo, comandante Pomar. Fundó en Valparaíso con la escuadrilla de evoluciones, el 5 de diciembre. En algunos días más se hará a la mar en viaje de instrucción, a la vela. Llegará cincuenta y cinco días.

Magallanes, comandante Gaona. En las costas del sur, en expedición hidrográfica. Anzoategui, comandante Sanchez. Este buque regresó el 13 del corriente desde Coquimbo, donde había permanecido cinco y medio meses. Habiéndose recibido orden de alisarlo para hacerse a la mar, fue metido al dique para limpiarle los fondos, el 15 del presente, y salió el día cuatro días después. En la actualidad está pronto para zarpar.

Argemiro, comandante Valverde. Este buque fundó en Valparaíso el 5 de diciembre con el resto de la escuadrilla de evoluciones. La necesidad de renovar las garniciones de los buques estacionados en el norte, que han permanecido largo tiempo fuera de Valparaíso, ha hecho zarpar a este crucero el 7 del que rije, conduciendo los respectivos eleves.

Talca, comandante Wilson. Fundó el día 6 de diciembre con la escuadrilla de evoluciones de que formaba parte. Se halla listo para hacerse a la mar.

Lautaro, comandante Beangency. En las aguas del Perú, en servicio de las bucaueras de las islas de Lobos.

Toro, a cargo del piloto. En las aguas de Magallanes, de estación. Gaviota, a cargo del piloto Pezzolo. En Hualde, sirviendo a la Inspección Jeneral de Huairaras.

Valparaíso, a cargo del piloto Cook. En comisión en las aguas de Chile. Draga Constitucion, comandante Walker. En Valdivia, en prosecución de la faena comenzada.

Tarpeiras, comandante J. Simpson. En Valparaíso. Han hecho varios ejercicios. El meeting balneadista. La segunda edición del meeting municipal, corrida y aumentada, tuvo lugar ayer mismo a las tres de la tarde, como se había anunciado.

Desde la víspera se habían dado los pasos necesarios: las decoraciones fueron alistadas, distribuidas y colocadas.

El espectáculo prometía los atractivos de una ópera bufa, y para asegurar el éxito se había telegrafiado a Santiago, pidiendo que el señor dinamita, don Pedro Nolasco Prendez, fuera a desempeñar un papel.

A las tres de la tarde los respetables miembros del Gremio de Jornaleros, llevados allí espontáneamente, los artesanos de la maestranza del ferrocarril, los carretoneros de esta localidad, habían tomado conveniente ubicación en el Nacional. Pocos minutos después, el Ilustre Municipio dio inicio a su entrada triunfal, tomando asiento en el proscenio, en compañía de unos cuantos funcionarios.

Un señor que debe haber llegado por el último vapor del Estrecho se adelantó hacia el público y propuso que por aclamación se recibiese el caballero más bien mozo de entre los concurrentes, y como en rigor de justicia, ninguno le venía el sayo, se dio por aludido el señor don Francisco Donoso, el cual pasó inmediatamente a ocupar la silla presidencial.

El telón se había descerrado. La ópera dio comienzo con una aria cantada por el señor Víctor Romero Silva, galán ópera, que tiene el no despreciable mérito de ser fresca y bien timbrada, pero de tan mala vocalización, que el auditorio se quedó a medias, no entendiendo nada de la letra.

Un rústico que nunca falta en un auditorio, desesperado de no entenderle, le hizo desde un palco, algunos indiscretas preguntas, que merecieron la espiritual respuesta de cabalate miserable, dada con perfecta claridad por el cantor.

En seguida vino el tenor dinamita, que obsequió al auditorio con algunos gallos y una ópera de esas que llaman a los señores de las jentes de teatro y que los asistentes a medianoche nombran palabrahuecas o de efecto. Muchos golpes de pecho, recordando sin duda los buenos tiempos de monaguillo, multiplicados al aire y una ajitación epiléptica en todo el cuerpo, como que el pobrecito iba a estallar y desde Santiago, el pesadillo de un discurso a tanto el kilogramo.

Dejaremos constancia de que cuando el tenor dinamita comenzaba su recitado, y otro rústico de observación que faltaba completamente la verdad, el replicó con este chapucado: ese debe de ser algún reportero de La Union, que toma nota de nuestras elucubraciones.

Después del señor Prendez, se adelantó al proscenio, un partiquino, que en mejores tiempos ha hecho el papel de abogado de este puerto. La parte encomendada a los talentos de este joven no tuvo la ejecución que se esperaba, faltándole la voz y la mímica que fue digna de una tragedia griega.

El respetable público se permitió piñarlo, faltando a su tradicional benevolencia: pero él, al ver que no se le respetaba, exclamó: "¡Contra en que para otra vez el pueblo de Valparaíso me hará justicia!"

Al señor Lopez siguió un señor Rocuant, que con una velocidad de treinta millas por hora, espetó una loa, y el público ha bautizado con el bello nombre de el discurso de la espada de Damao 'les."

Se conocía desde años que el señor Rocuant andaba en caballo ajado: tanto lo volvía y revolvió por sobre las cabezas opuestas. Felizmente dio una rematada que lo ocultó a la vista del público ya impaciente con las travessuras de ese neofito.

No se había apagado aún el eco de los diversos comentarios de esta parte de la función, cuando se anunció que el Rocuant de Pelequen, es decir, don Francisco Pardo Duval, venido también de Santiago, iba a cantar una de sus tonadas favoritas, aquella en que se pone de oro y azul a los conservadores y liberales independientes, y que hoy iba a tener un buen acogido dedicado a la minoría del Congreso.

En otras capitales la emoción no es menos profunda, y diluvian cartas sobre los periódicos y sobre los salios de nota, y siendo porciones del asombroso desordenamiento.

Con efecto, desde el día en que se descortó la teoría de que la luna estaría litificada, los salios fantaseadores fijaron a sus compañeros en Marte. Es el planeta que, por sus analogías tiene con la tierra. Posee una atmósfera parecida a la nuestra. Se ha descubierto en él la presencia del agua, de que carece la luna. De esto a presumir que Marte está habitado no hai mas que un paso. Y de la hipótesis a emprender una correspondencia con los moradores de aquel planeta, medio paso. Después de todo, más de un espiritista cree que Marte es el lugar en donde toman nuevo cuerpo las almas de los hombres que perecieron por los espacios.

Como juiciosamente habrán supuesto los lectores, lo del establecimiento de señales desde las lunas de la Mancha es una ilusión semejante a la que hace algunos años propagó un astrónomo americano, que afirmaba que había visto animales fantásticos en la luna, y que ganó mucho dinero con el libro que hizo, describiéndolos.

Marte está a 13 millones de leguas de la tierra en el momento en que se acerca más a ella. Para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

En otras capitales la emoción no es menos profunda, y diluvian cartas sobre los periódicos y sobre los salios de nota, y siendo porciones del asombroso desordenamiento.

Con efecto, desde el día en que se descortó la teoría de que la luna estaría litificada, los salios fantaseadores fijaron a sus compañeros en Marte. Es el planeta que, por sus analogías tiene con la tierra. Posee una atmósfera parecida a la nuestra. Se ha descubierto en él la presencia del agua, de que carece la luna. De esto a presumir que Marte está habitado no hai mas que un paso. Y de la hipótesis a emprender una correspondencia con los moradores de aquel planeta, medio paso. Después de todo, más de un espiritista cree que Marte es el lugar en donde toman nuevo cuerpo las almas de los hombres que perecieron por los espacios.

Como juiciosamente habrán supuesto los lectores, lo del establecimiento de señales desde las lunas de la Mancha es una ilusión semejante a la que hace algunos años propagó un astrónomo americano, que afirmaba que había visto animales fantásticos en la luna, y que ganó mucho dinero con el libro que hizo, describiéndolos.

Marte está a 13 millones de leguas de la tierra en el momento en que se acerca más a ella. Para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

En otras capitales la emoción no es menos profunda, y diluvian cartas sobre los periódicos y sobre los salios de nota, y siendo porciones del asombroso desordenamiento.

Con efecto, desde el día en que se descortó la teoría de que la luna estaría litificada, los salios fantaseadores fijaron a sus compañeros en Marte. Es el planeta que, por sus analogías tiene con la tierra. Posee una atmósfera parecida a la nuestra. Se ha descubierto en él la presencia del agua, de que carece la luna. De esto a presumir que Marte está habitado no hai mas que un paso. Y de la hipótesis a emprender una correspondencia con los moradores de aquel planeta, medio paso. Después de todo, más de un espiritista cree que Marte es el lugar en donde toman nuevo cuerpo las almas de los hombres que perecieron por los espacios.

Como juiciosamente habrán supuesto los lectores, lo del establecimiento de señales desde las lunas de la Mancha es una ilusión semejante a la que hace algunos años propagó un astrónomo americano, que afirmaba que había visto animales fantásticos en la luna, y que ganó mucho dinero con el libro que hizo, describiéndolos.

Marte está a 13 millones de leguas de la tierra en el momento en que se acerca más a ella. Para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se antojará una señal. Los aerolitos serán examinados al microscopio por si traen alguna muestra de los astros. Y si aparece alguna estrella de color anormal, será examinada en la escala de presencias en la nebulosa de Andromeda, de fijo la tomamos por una respuesta a nuestras investigaciones.

En el momento en que se acerca más a ella, para que desde Marte pudieran ver una figura geométrica en la tierra, sería preciso que la figura tuviese un relieve ciento treinta veces mayor que las mas altas pirámides de Egipto.

Pero un coronel ruso, hombre más práctico que el marqués de Juglar y que el astrónomo italiano—si en esto cabe ser práctico,—ha ideado nada menos que establecer un observatorio en el pico más elevado del Himalaya, a ocho mil metros de altura, y desde allí proyectar una masa enorme de focos de luz eléctrica sobre Marte o sobre cualquier otro planeta. Teóricamente la empresa no es imposible. Multiplicando los acumuladores y las máquinas, se puede llegar a obtener un foco de luz que, visto desde Marte, parecería una estrella de sexto orden.

Por medio de interrupción regular en las corrientes y de colapsos momentáneos de su astro fújido, el coronel ruso cuenta con atraer la atención de los astrónomos de los demás mundos—si existen—y recibir respuesta de ellos por igual sistema.

Hasta tiene imaginado un alfabeto especial. No sabemos el éxito que alcanzará la idea del coronel ruso. Pero se universaliza la manía de la comunicación con Marte, y dentro de poco es seguro que veremos abrir sesiones y formarse sociedades científicas para la creación de la estrella de sexto orden sobre el Himalaya.

Entonces cada nuevo fenómeno celeste se